

tiene en devanar los hilos y las sedas con que ella borda, ó en recortar figuras fantásticas en cualquier pedazo de papel que encuentra á la mano. Entonces parece un niño. Otras veces habla del mundo y de los hombres, de países lejanos y de épocas remotas, con tanta gravedad y tanto juicio, que parece un viejo que se retira de la vida cargado de experiencia.

Pero ¡ah!: cuando se sienta delante del piano, no hay más que entregarse á los caprichos de su voluntad. Las teclas, heridas por sus dedos, producen cantos tan vivos, tan risueños, que el alma se llena de alegría; mas de repente cambia de tono, y el piano gime como una voz que solloza, y el corazón se conmueve, y los ojos se llenan de lágrimas. No para aquí la cosa; porque, cuando menos se espera, resuena por la caja del piano un trueno sordo y profundo, y se oyen, ya más cerca, ya más lejos, notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan en lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

V.

Bueno que para el ama de llaves sea Adrián Baker el diablo en persona, ó bien un hombre

que tiene el demonio en el cuerpo, ó al menos un ser extraordinario que posee el secreto diabólico de algún filtro prodigioso. Bueno que el padre de Berta vea en él un espíritu avasallador, una naturaleza excéntrica.... Y ¿quién sabe?... Ha oído hablar alguna vez de fluidos misteriosos, de fuerzas sutiles que atraen ó rechazan, de influencias dominadoras, de prodigios magnéticos; y aunque no ha prestado nunca á esas cosas la mayor atención, piensa en ellas desde que se siente dominado por tan extraño personaje, y, cuando menos, Adrián Baker es su idea fija, su idea terrible, su preocupación continua, su monomanía constante. Muy bien: el padre de Berta y el ama de llaves pueden atribuirle las facultades maravillosas que sus imaginaciones acaloradas les sugieran; pero nosotros no hemos de participar de esas alucinaciones, ni por ellas hemos de sacar en limpio que Adrián Baker está fuera de la ley común á que vivimos sujetos los simples mortales.

Esto es claro; mas, no obstante, ¿quién es Adrián Baker?

Reuniremos aquí todas las noticias que se han podido adquirir, y cada uno formará por ellas el juicio que más le acomode.

Todavía no hace dos años que uno de los coches que transportan los pasajeros de la estación del camino de hierro á la ciudad en que nos en-

contramos, corría al gran galope. Volvía de la estación, y la arrogancia con que el cochero hacía galopar á los caballos, dejaba traslucir la urgencia ó la importancia de los viajeros que conducía.

Este coche penetró en la ciudad, y fué á detenerse delante de la fonda más lujosa de la población: allí se apeó el único viajero que llevaba, y el viajero era Adrián Baker. Iba envuelto en un gran abrigo de viaje, forrado de finísimas pieles. La solicitud con que acudieron á recibirlo los mozos de la fonda, significaba que habían descubierto en el nuevo huésped un manantial de propinas. El cochero lo despidió con la gorra en la mano, y al volverle la espalda, miró á los circunstantes, mostrándoles en el ojo izquierdo una moneda de oro.

No fué necesario más para que la maleta de huésped subiera en volandas á la habitación más suntuosa de la fonda. Siete ciudades de Grecia se disputaron el honor de haber servido de cuna á Homero; más de siete mozos se disputaron el honor de cargar con la maleta de Adrián Baker. Parecía un rey que entraba en su palacio.

Durante algunos días se le vió solo y á pie recorrer las calles de la ciudad y visitar los monumentos más notables; después, solo también, pero en coche, se le vió examinar los sitios más agrestes y más pintorescos de las cercanías, con

la atención de un artista, de un filósofo ó de un poeta.

No era inaccesible el trato de las gentes, y pronto tuvo muchos amigos que se hacían lenguas de las excentricidades de su carácter, de sus riquezas y de su talento; de modo que fué por algún tiempo la novedad del día, y, por lo tanto, el platillo de todas las conversaciones. Conquistar su amistad habría sido para los hombres un triunfo, y conquistar su corazón habría sido para la mujer más encopetada mucho más que poner una pica en Flandes; pero Adrián Baker conservaba perfectamente cerradas lo mismo las intimidades de su amistad que las de su amor; de manera que no se sabía de él más que tres cosas: que era joven, que era rico, y que había corrido medio mundo.

Se le supuso inglés, alemán y norte-americano; en primer lugar, porque era rubio, y en segundo lugar, porque, aun cuando hablaba en español como si fuese su lengua nativa, se advertía en su acento cierto sabor extranjero que cada cual interpretaba á su gusto.

Por lo demás, parecía complacido de la belleza del cielo y de la alegría de la naturaleza; y aunque á nadie había dicho si pensaba permanecer allí mucho tiempo, el caso es que no se marchaba. Sin duda alguna debió cansarse de la vida de la fonda, y de la noche á la mañana compró

una gran casa y se instaló en ella como un príncipe. Este edificio, venerable por su antigüedad, tenía el grandioso aspecto de un palacio, y uno de sus ángulos daba frente á la casa de Berta.

Tales son todas las noticias que se tenían acerca de Adrián Baker. Ya sabemos, pues, que el demonio de Adrián Baker no era, ni más ni menos, que el vecino en persona.

Una noche que volvía de hacer su diaria visita á Berta, entró en su casa, atravesó el vestíbulo y se encerró en sus habitaciones. Poco después se cerró la gran puerta de palacio, roncando duramente sobre sus goznes; se fueron apagando las luces, y todo quedó en profundo silencio. Sin embargo, Adrián Baker no dormía.

En el fondo de su habitación, alumbrada por una lámpara de luz pálida, apoyados los codos sobre un velador de caoba, y oculto el semblante entre las manos, parecía sumergido en un mar de reflexiones. Y no debían ser risueñas, porque el entrecejo, duramente fruncido, daba á entender que alguna tempestad pasaba por detrás de aquella frente tersa como la de un niño y pálida como la de un muerto. Y es el caso que la luz de la lámpara, reflejándose sobre sus cabellos ensortijados y rubios, envolvía la cabeza en fantásticas vislumbres.

Después de muchos minutos de inmovilidad y de silencio, dió una violenta palmada sobre la mesa, prorrumpiendo en estas tres exclamaciones:

—¡Malditas riquezas!.... ¡Odiosa sabiduría!.... ¡Cruel experiencia!....

Luego se puso de pie, y dando vueltas por la estancia, como un loco, gritaba con voz sorda:

—¡Fe!.... ¡Fe!.... ¡La duda me ahoga!....

Á poco de estas exclamaciones, sacudió su hermosa cabeza, y lanzó una terrible carcajada.

—Bueno (dijo). La prueba es tremenda; pero necesito esa prueba.... Es preciso bajar al sepulcro.... Bien: bajaré. Hay que consultar el oráculo sombrío de la muerte acerca de los misterios de la vida. Muy bien: le consultaremos.

En aquel momento, el tubo de cristal en que se hallaba encerrada la luz de la lámpara, estalló, cayendo roto en mil pedazos; la llama se oscureció, tomando un color rojizo y exhalando un humo negro, que envolvió la estancia en sombras que se deslizaban por las paredes, se confundían en el techo y se cruzaban sobre el pavimento; parecía que los muebles andaban, que el techo se hundía y que las paredes se alejaban.

En medio de esta danza diabólica de luz y de

tinieblas, la llama se apagó, como si obedeciera á un soplo invisible, y en medio de aquella obscuridad, todo fué silencio.

VI.

Algo extraordinario debía ocurrir en la casa de Berta, porque el ama de llaves parecía dominada por un repentino desasosiego, que no le dejaba ni un momento de reposo. Iba y venía, subía y bajaba, entraba y salía con el aturdimiento del que no se da cuenta de su movilidad. Era una especie de ataque de nervios que habia duplicado en un momento la casera actividad del ama de llaves. Á lo mejor se paraba bruscamente, y apoyando el dedo índice en el labio superior, se quedaba suspensa, como si buscara la explicación de algún misterio ó la clave de algún enigma; gesticulaba con expresiva elocuencia, y se puede decir que pensaba por gestos.

Mas la causa de la agitación que le advertimos, no debía ser aterradora, porque, en medio de todo, podía encontrarse en ella algo parecido á la alegría, una alegría reconcentrada, que á pesar suyo se escapaba al través de su movilidad y de sus muecas. En esta pobre naturaleza

humana se confunden muchas veces las alegrías y los pesares en unos mismos síntomas, y se llora de regocijo lo mismo que de pena; una buena noticia nos trastorna lo mismo que una terrible nueva.

Sea lo que quiera, ello es que el ama de llaves parecía agitada por el resorte interior de algún pensamiento que daba incesantemente vueltas en su cabeza, y algo esperaba con impaciencia, pues de vez en cuando prestaba atención, alargaba el cuello y aplicaba el oído.

De pronto sonó el timbre de la puerta con dos golpes lentos, acompasados, reflexivos, que causaron en la nodriza el efecto de una descarga eléctrica. Arrojó lejos de sí unas telas que tenía en las manos, derribó unas sillas que encontró al paso, rasgó una cortina que se le puso delante, y se lanzó á la escalera, dejando en pos de sí, como las tempestades, la desolación y el estrago.

Asió el cordón que servía para abrir la puerta, y tiró con tanta fuerza, que la puerta se abrió de par en par, apareciendo en ella el padre de Berta, que entró despacio, apoyándose en su bastón como hombre á quien empiezan á faltarle las fuerzas para vivir. Al entrar, alzó los ojos al cielo con triste desaliento, y vió al ama de llaves que desde lo alto de la escalera intentaba decirle algo, agitando los brazos y moviéndose

y gesticulando como el aparato de un telégrafo óptico. El buen señor no entendía ni una palabra de aquel lenguaje telegráfico, y se detuvo al pie de la escalera, queriendo descifrar el tumulto de señas que el ama de llaves arrojaba sobre su cabeza. Pero, ya se ve, no era excesivamente diestro en esta clase de averiguaciones, y su imaginación, poco viva, se encontraba en aquel momento paralizada. Al fin se encogió de hombros con cierta desesperación resignada y paciente; era tanto como exclamar: «¡Qué demonios está V. diciendo!» El ama de llaves se cruzó de brazos y movió tres veces la cabeza de un lado á otro; quería decirle: «Torpe...., torpe...., torpe.» El buen hombre se encorvó bajo esta triple acusación, y comenzó á subir la escalera. Al fin de ella lo esperaba el ama Juana, y sin más ceremonia ni cumplimiento, lo cogió de la mano, y como si fuera un niño lo llevó á su cuarto; y allí, después de asegurarse de que nadie podía oírla, se acercó al oído del padre de Berta, y con voz misteriosa y con todo el aire de la más reservada confidencia, le dijo:

—¡Se va!

—¡Se va!—replicó el padre de Berta, exhalando un profundo suspiro.

—Sí, señor (añadió ella). Nos vamos á ver libres.

—¡Libres!—exclamó á su vez el buen señor,

moviendo la cabeza con incredulidad. Después preguntó:

—¿Y adónde va?

—¡Al infierno! (contestó la nodriza.) Eso es claro. Va muy lejos, no sé á qué tierras que están en el fin del mundo. Es un viaje repentino.

El buen señor volvió á suspirar con triste desaliento, y el ama Juana le miró con asombro, diciéndole:

—Cualquiera creería que acabo de darle á V. una mala noticia. ¿Lo habrá hechizado á V. ese hombre hasta el punto?...

—Sí (contestó él); porque si se va, no se irá solo; se llevará á Berta, y entonces, ¿qué va á ser de nosotros?

—Nada de eso (replicó Juana). Se va solo, solo como un hongo.

—Peor que peor (dijo el padre): porque entonces, ¿qué va á ser de Berta?

—¡Qué ha de ser! (exclamó el ama.) La del humo.... Si te vi, no me acuerdo. Al que se va, se le olvida; y al que se muere, lo entierran: ese es el mundo. Berta lo sabe todo; ella misma me lo ha dicho, y está tan fresca, tan tranquila como si tal cosa. ¡Bah!.... No necesitará un cordial para despedirlo.

Al pronunciar la última palabra, volvió la cabeza, y no pudo contener un grito que se escapó de su garganta, viendo á Adrián Baker, que

acababa de entrar. En efecto: era Adrián Baker en persona, más pálido que nunca, vestido con un bello traje de camino. Brillaban sus ojos con un resplandor extraño, y vagaba en sus labios una mirada casi triste y casi burlona.

Pidió mil perdones por la sorpresa que acababa de causar, y dijo que circunstancias imprevistas le obligaban á emprender un viaje repentino á Nueva York, donde asuntos del mayor interés lo llamaban con urgencia; pero que permanecería ausente poco tiempo, dando después la vuelta.

—Me voy (añadió); pero me dejo aquí mi corazón, y volveré á recogerlo.

Dicho esto, abrazó al padre de Berta tan cariñosamente, que el buen señor se sintió enternecido; y el ama Juana, dominada por la voz y la presencia de aquel hombre singular, sintió que algunas lágrimas se agolpaban á sus ojos, y acudió á contenerlas con la punta del delantal.

Adrián Baker le puso una mano sobre el hombro, mano que el ama de llaves sintió temblar, y, estremeciéndose á su vez, oyó que le decía:

—Ese es el mundo.... ¿eh? Bien: veremos.

Después salió de la habitación, y el padre y la nodriza lo siguieron maquinalmente.

Berta les salió al encuentro, y su mano fué á buscar la de Adrián Baker, y ambas manos se

estrecharon, permaneciendo por mucho tiempo unidas.

Berta dijo con voz temblorosa y dulce:

—¿Volverás pronto?

—Pronto,—contestó él.

—¿Cuándo?—volvió á preguntar ella.

—Pronto (replicó Baker). Si me esperas, tu propio corazón te anunciará mi vuelta.

—Te esperaré siempre,—dijo Berta, con voz ahogada, sin que apareciera ni una lágrima en sus ojos.

Aquellas manos unidas se separaron, y Adrián Baker se lanzó á la escalera, bajó precipitadamente, y poco después se oyó el ruido del coche en que se alejaba.

Berta miró á su padre con dulce sonrisa, y huyó á encerrarse en su cuarto.

Cuando el rumor del coche se extinguió á lo lejos, como un trueno que se apaga, el ama de llaves se santiguó, y dijo:

—Se fué.... Respiremos.

VII.

Por lo visto, el ama Juana conocía bien el corazón de las mujeres, ó por lo menos el corazón de Berta, porque hacía ya tres meses que Adrián

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33852

Baker había partido para Nueva York, y ni una vez siquiera pudo sorprender una lágrima en los ojos de la huérfana, á quien ella había servido de madre. Berta parecía indiferente al dolor de aquella ausencia.

Es verdad que durante los tres meses de ausencia se había recibido una carta de Nueva York, en la que Adrián Baker decía á Berta todo lo que se dice en esos casos; era una carta sencilla, tierna y apasionada; no parecía que estaba escrita á tres mil leguas de distancia, al otro lado del gran Océano, donde naufragan los amores más ardientes y más profundos. Es verdad que esta carta fué contestada á vuelta de correo, y que cruzó las tempestuosas soledades del mar, llena de promesas y de esperanzas.

También es verdad que la carta de Adrián Baker la guardó Berta cuidadosamente, conservándola como se conserva una reliquia. Es verdad que pasaba las horas muertas delante del piano haciendo correr los dedos por las teclas, modulando los aires favoritos de Adrián Baker, y que él mismo le había enseñado. Pero, fuera de esto, Berta vivía como el resto de las mujeres, conservaba un excelente apetito, y dormía con el tranquilo reposo de los corazones felices. Empleaba sus horas habituales de tocador, y se complacía en embellecerse. Se habían dulcificado algunas asperezas de su carácter: hablaba de

todo con su natural viveza, y, en fin, á Adrián Baker no lo nombraba nunca.

Su padre y su nodriza observaban todo esto, y sacaban por consecuencia que el viajero no había dejado huella ninguna en el corazón de Berta. Sólo un temor los alarmaba: el temor de que volviera.

Así transcurrió otro mes, y el recuerdo de Adrián Baker empezó á desvanecerse; si alguna vez se pronunciaba su nombre, era como el que evoca el recuerdo de un sueño.

Sin embargo, el sueño solía tomar el aspecto de una inminente realidad. Podía volver, y, sin duda alguna, no se había despedido para siempre: su último adiós no había sido un adiós eterno. Si se hallaba al otro lado de los mares, á tres mil leguas de distancia, en Nueva York, esto es, en el fin de la tierra, más aún, en el otro mundo, su casa estaba allí, allí enfrente, abierta, habitada por sus criados, con el mismo lujo y con la misma pompa que antes de su ausencia; aquella casa, que parecía un palacio encantado, esperaba á su dueño, y el orden y el esmero con que todo marchaba en ella, daba á entender que los criados no querían verse sorprendidos por la presencia repentina de Adrián Baker, es decir, que Adrián Baker podía llegar de un momento á otro, ó, lo que es lo mismo, que lo esperaban á cada momento. Las flores de la terraza exten-

dían sus ramos llenos de vida, como si las mismas manos de Adrián Baker las cuidasen.

El padre de Berta y el ama de llaves veían en esta casa una amenaza constante; para ellos venía á ser como la sombra de Adrián Baker; pero, así y todo, el tiempo pasaba, y el viajero no volvía.

Había llegado la primavera, y la naturaleza se rejuvenecía con toda la riqueza de vegetación que suele desplegar en los países meridionales, y precisamente nos encontramos en pleno Mediodía. Todo se engalanaba y sonreía, y el corazón experimentaba el vago placer de una esperanza que empieza á realizarse.

Berta participaba de este bello despertar de la naturaleza, y se puede decir que habían adquirido nuevos encantos las perfecciones de su belleza: sus ojos parecían más rasgados, más negros y más brillantes; sus miradas más dulces, más serenas y más profundas; sus mejillas más frescas, más suaves y más sonrosadas, y sus sonrisas más tiernas, más frescas y más graciosas. Su talle ha adquirido una soltura majestuosa, que da á sus movimientos voluptuosidad y firmeza. Parece que la juventud ha hecho un esfuerzo supremo, y al dar la última mano á su hermosura, ha obtenido una obra maestra. Está en todo el esplendor de la belleza.

En cambio, el palacio de Adrián Baker ama-

neció un día triste como un sepulcro; las persianas caídas y la gran puerta del vestíbulo cerrada, le daban la apariencia de una casa desierta; dentro reinaba un silencio profundo, y, no obstante, el palacio de Adrián Baker seguía habitado.

Al penetrar en el vestíbulo, la figura del portero aparecía como una sombra; todo su vestido era negro, y todos los criados de la casa vestían también de luto, y en sus semblantes se advertían señales de tristeza.

¿Qué ocurría?

Ocurría sencillamente, que Adrián Baker había muerto en Nueva York, de una pulmonía fulminante. La noticia había corrido por la ciudad, con la rapidez que corren las malas noticias, y había penetrado también en la casa de Berta. Primero pareció increíble que Adrián Baker hubiese muerto, como si la vida de este hombre no estuviese sujeta á las contingencias que experimenta la vida de los demás mortales. Mas la noticia se confirmaba, y era preciso creerla. Además, el aspecto del palacio daba testimonio de la autenticidad del caso. En aquella casa cubierta de duelo, parecía que lloraban hasta las piedras. La noticia había llegado en una carta enlutada, fechada en Nueva York, y firmada por el jefe de la casa Wilson y Compañía, donde Adrián Baker tenía depositados grandes capitales.

El padre de Berta y el ama de llaves se miraban asombrados, y repetían alternativamente:

— ¡Ha muerto!

— ¡Ha muerto!

Berta, pálida como la misma muerte, los sorprendió en esas exclamaciones, y con voz sepulcral les dijo:

— Sí; ha muerto en Nueva York, pero vive en mi alma.

Y volviéndoles la espalda, huyó á su cuarto, y se sentó junto al balcón, desde donde se veía la terraza del palacio. Las flores, agitadas suavemente por las brisas de la primavera, se inclinaban hacia Berta como si le enviasen un triste saludo. Ella las contemplaba sin una lágrima en los ojos; la palidez extrema que bañaba su rostro, y el ligero temblor que agitaba sus labios, descubrían el dolor que afligía á su alma.

De pronto atrajo sus miradas el vuelo de una mariposa blanca que flotaba en el aire. Siguióla con ojos distraídos, y, como si la mariposa se sintiera atraída por la mirada de Berta, trazando caprichosos círculos, abandonó la terraza, voló rápida delante del balcón, y entró en la estancia.

Por un movimiento involuntario, Berta tendió las manos para cogerla, pero la mariposa se escapó de entre sus manos como un soplo, y

comenzó á dar vueltas alrededor de su cabeza, formando un torbellino silencioso é impalpable que envolvía la frente de Berta en una aureola que renacía y se disipaba como una sucesión de relámpagos. Las alas de la mariposa llameaban sobre la cabeza de Berta con una luz semejante á los primeros resplandores de la aurora. Después pasó por delante de sus ojos, la vió flotar sobre las flores de la terraza, y luego se perdió, como si se hubiera desvanecido en el aire. Buscóla con un ansia indecible, pero en vano: ya no volvió á verla.

Entonces cruzó las manos, inclinó la cabeza, y dos grandes lágrimas asomaron á sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Al día siguiente, entró el ama de llaves en el dormitorio de Berta, y vió sobre la cabecera de la cama una sombra que se destacaba sobre la pared. Esta sombra tomó inmediatamente la forma de una cabeza humana, y la nodriza se tuvo.

Era la cabeza de Adrián Baker..., la misma cabeza, con su frente pálida, sus miradas irresistibles y su sonrisa á la vez dulce, triste y burlona.

El ama de llaves no pudo contenerse, se santiguó como si hubiese visto una visión diabólica, y retrocedió espantada.

VIII.

La muerte de Adrián Baker ha causado en Berta terribles estragos. No aflige á las personas que la rodean, con continuos sollozos y llantos interminables; no hace de su lengua el constante pregonero de su tristeza; al contrario, esconde su dolor en el fondo del alma, devora sus lágrimas antes de que asomen á sus ojos, y ahoga sus suspiros y no exhala quejas inútiles: el nombre de Adrián Baker no se oye nunca en sus labios.

Creeríase que se ha consolado fácilmente, si no se advirtiera en sus miradas la sombra de una tristeza inmensa, si la palidez de sus mejillas no extendiera sobre la belleza de su juventud un velo fúnebre, si su voz apagada no descubriera la profunda soledad de su corazón. Alguna vez sonríe á su padre, pero hay en sus sonrisas la más amarga dulzura. Se la ve extinguirse como una luz que se apaga. Avara de su dolor, lo esconde dentro de sí misma como un tesoro que pueden robarle.

Su padre y su nodriza la ven enflaquecer, la ven aniquilarse, la ven morir, sin poder detener

los estragos de aquella pena tenaz, sorda y muda, que va minando lentamente su juventud y su vida, y maldicen el nombre de Adrián Baker, y al mismo tiempo darían su vida por resucitarlo; pero la muerte no devuelve sus presas, y no les queda más que una esperanza...., la última esperanza....: el tiempo.

Pero el tiempo pasa, y la memoria de Adrián Baker, semejante á un veneno lento, va devorando la vida de Berta.

Todo se ha hecho: se la ha rodeado de todos los encantos del mundo, han pretendido su preferencia los partidos más ventajosos, y la juventud, la belleza y la fortuna se han disputado el afecto de su corazón; mas su dolor ha sido inaccesible. Ella se ha sometido á todas las pruebas, y no ha sido posible arrancar de su alma al demonio de Adrián Baker. Se ha apelado á la medicina, y la ciencia ha hecho prodigios inútiles, porque la enfermedad de Berta no tiene cura.

Para la nodriza, Adrián Baker la ha hechizado, ha derramado en su sangre un filtro diabólico. El amor más firme resiste á la ausencia; á la muerte no resiste ninguno. Berta, pues, estaba hechizada.

Su padre no tiene más que un pensamiento, que encierra en estas palabras:

«Se fué, y se la lleva....; al fin se la lleva.»

Mas todavía queda un recurso á que apelar; la soledad, el campo, la naturaleza, ¡quién sabe!, el cielo, el sol y el aire de la campiña pueden reanimarla; la poesía de la naturaleza puede despertar en su corazón nuevos sentimientos y nuevas esperanzas; el murmullo del agua, el canto de los pájaros, la sombra de los árboles.... ¿Por qué no? No hay dolor humano, por grande que sea, que no se empequeñezca ante la grandeza del cielo.

Á poca distancia de la ciudad posee el padre de Berta una pequeña quinta, cuyas paredes blancas y cuyos techos rojos se descubren al través de los árboles que la rodean. No se podía elegir un sitio más pintoresco. Á la derecha la montaña, á la izquierda la llanura, delante el mar, que se extiende á lo lejos hasta confundirse con el horizonte; y para que nada se eche de menos en el conjunto del paisaje, se ven desde la quinta, sobre la falda de la sierra, las ruinas abandonadas de un antiguo monasterio.

Berta no opuso resistencia ninguna, porque le era indiferente vivir en la ciudad ó en la quinta; sólo mostró empeño en llevarse el piano, como si fuera su íntimo amigo, su único confidente; y la familia se trasladó á la quinta, instalándose en ella.

Quiso Berta arreglar por sí misma el cuarto que debía habitar en la quinta, que consistía en

una sola pieza con reja al jardín, y que le servía á la vez de tocador y dormitorio. Sobre la cabecera de su cama colocó una hermosa fotografía, que contenía una cabeza del tamaño natural. Era la cabeza de Adrián Baker, con su frente tersa y pálida, con sus grandes ojos azules, con sus hermosos rizos rubios como el oro: la cabeza de Adrián Baker admirablemente fotografiada, y que ella misma había miniado.

Para el piano no se encontraba colocación á gusto de Berta. No había en la quinta más que una habitación común, que era la sala, que servía á la vez de comedor. Dudaba entre la sala y su dormitorio, cuando le ocurrió la idea de colocarlo en un pequeño pabellón, cubierto de enredaderas y madreSelva, que hacía las veces de estufa, en un ángulo del jardín. La idea le pareció felicísima, y se sonrió al concebirla, y el piano fué colocado en el pabellón, como un pájaro en su jaula.

La fatiga del viaje debió cansar á Berta, pues antes de la hora de costumbre se retiró á su cuarto, y la nodriza la dejó acostada. ¿Durmió? No se sabe; pero al amanecer, el canto de las aves que anidaban en el jardín la hizo levantarse. Abrió las maderas de la ventana, y una nube de pájaros voló espantada, yendo á ocultarse en las copas de los árboles, iluminadas por los primeros rayos del sol. Mas pronto los más

atrevidos volvieron á saltar delante de la reja, mirando á Berta con cierto descaro, como si quisieran reconocer en ella á una antigua amiga. Algunos granos de trigo y algunas migas de pan arrojados sobre el alfeizar de la ventana, fueron poco á poco atrayendo á los más tímidos, y llegaron hasta la más íntima familiaridad. Eso sí, el más ligero movimiento los ponía en precipitada fuga; pero pronto recobraban la perdida confianza, y volvían de nuevo á saltar alegres sobre los hierros de la reja.

Berta los miraba y se sonreía viéndolos, y al cabo de algunos días obtuvo de ellos que entraran y salieran con toda franqueza. En sus paseos solitarios por el jardín y por la larga calle de tilos que abría paso á la quinta, la seguían, volando de árbol en árbol. Todos los días pasaba algunas horas de la mañana en el pabellón, y allí acudían también los pájaros, uniendo sus alegres gorjeos á las tristes melodías que exhalaba el piano; pero la loca alegría de los pájaros no bastaba á mitigar la honda tristeza de Berta; su pensamiento era siempre el mismo: Adrián...., Adrián Baker.

Este nombre, que nunca salía de sus labios, se veía escrito en todas partes por la mano de Berta; en las tapias del jardín, en los troncos de los árboles, y hasta la enredadera del pabellón había entrelazado sus ramas de tal ma-

nera, que podía leerse en ellas «Adrián Baker». Este nombre se encontraba en todas partes, como el eco mudo de un recuerdo perpetuo.

Durante las horas de las mañanas, parecía animarse algo el semblante de Berta, y aun solían sonrosarse los pómulos de sus mejillas; pero á la caída de la tarde, desfallecía, como si también llegara al ocaso de la muerte el sol de su vida.

Sentada al pie de la ventana, contemplaba en silencio las nubes que el sol encendía con sus últimos rayos. Allí estaba Juana, que había agotado inútilmente todo el repertorio de sus conversaciones. Una ráfaga repentina flotó un momento sobre la cabeza de Berta, trazó en el aire un círculo rápido como un relámpago, y desapareció sin saber por dónde.

—¡La has visto!—exclamó Berta.

—Sí (contestó la nodriza); es una mariposa blanca que ha querido posarse en tu cabeza.

—¿Y bien?...—preguntó.

—Las mariposas blancas (dijo el ama) son pájaros de buen agüero; traen siempre buenas noticias.

—Eso es (añadió Berta, estrechando convulsivamente la mano de su nodriza). Es mi mariposa blanca, y esta vez no me engaña. Adrián viene...., sí, viene por mí; eso es lo que ha venido á decirme....; yo la esperaba.

El ama de llaves la contempló un instante con ojos desencajados: los reflejos del sol moribundo iluminaban el rostro de Berta de un modo particular, y la pobre mujer, no pudiendo sostener la mirada que ardía en los ojos de la enferma, bajó la cabeza y cruzó las manos, exclamando entre dientes:

—¡Dios mío!.... ¡Se ha vuelto loca!

IX.

La idea de que Berta había perdido el juicio, tenía al ama de llaves medio loca. Se ocultaba en los últimos rincones de la casa, y allí se escurria á llorar. Ella no podía sobrellevar sola la carga de tan terrible secreto....; pero ¿á quién confiarlo? ¡Cómo asestar al corazón de su padre tan terrible puñalada! Decirle que Berta había perdido el juicio, era lo mismo que asesinarlo. El buen señor la espiaba con los ojos de su cariño; pero su mismo cariño le había puesto una venda en los ojos, y no advertía la locura de su hija.

Y el caso es que el ama de llaves se confirmaba cada vez más en la realidad de tan tremenda desgracia. Durante la noche, se acercaba muchas veces á su cama, y la oía dormir tranquila. Ninguna alteración extraordinaria, ni en sus costum-

bres, ni en sus acciones, ni en sus palabras, atestiguaba el extravío de su razón. Cierto; pero esperaba á Adrián Baker, y juraba que vendría. En vano intentaba persuadirla de semejante desatino, porque Berta se irritaba y la imponía silencio, ó se reía con incredulidad compasiva de las razones de su nodriza. ¿No era esto una locura?

El ama de llaves había perdido de la noche á la mañana el apetito y el sueño, y huía del padre de Berta, porque no estaba segura de guardar el secreto que llevaba en el alma. Siempre el mismo pensamiento, dando vueltas en su cabeza como un remolino. Vamos; la locura de Berta iba á costarle el juicio á la nodriza.

Una noche se agitaba sin poder dormirse: su imaginación se hallaba llena de sombras pavorosas. En medio de la obscuridad, veía semblantes que se le acercaban y huían, riendo y llorando, que se desvanecían para volver á reproducirse, y todas estas cabezas, que danzaban ante sus ojos, tenían, á pesar de sus grotescas facciones, una semejanza diabólica con la cabeza de Adrián Baker. La nodriza, aterrada, cerraba los ojos por no verlas, y, sin embargo, continuaba viéndolas.

Se creía bajo el imperio de una pesadilla, y, haciendo un esfuerzo, se sentó en la cama. Entonces oyó un sonido lejano, un acento dulce,

una música misteriosa, cuyas notas se perdían en el silencio.

Redobló la atención de sus oídos, y pronto comprendió que aquellas notas se escapaban del piano, y saltó de la cama, exclamando:

—¡Berta! ¡Berta!

Comenzó á vestirse apresuradamente y á tientas, diciendo con voz atribulada:

—¡Sola, en el pabellón..., á estas horas!
¡Hija de mis entrañas; está loca!

Todas las visiones de sus ojos se habían disipado; no veía nada: sólo oía los acordes del piano, que resonaban á lo lejos en medio del silencio.

Salió de la habitación en que se hallaba, y palpando los muebles que encontraba al paso, se dirigió al cuarto de Berta. Empujó suavemente la puerta, que cedió al primer impulso, abriéndose silenciosamente, y una vaga claridad, semejante al último resplandor del crepúsculo, iluminó sus ojos: era la luz de la lamparilla, que ardía dulcemente, encerrada en su vaso de porcelana.

Su primera mirada fué á la cama, y al pronto no vió más que un objeto informe; mas luego descubrió que la cama estaba desierta.

Pensó coger la lamparilla que ardía en un ángulo de la estancia, para alumbrarse y dirigirse al pabellón; mas en aquel momento sintió sobre

su rostro una bocanada suave de viento húmedo y frío.

Volvió los ojos hacia al lado en que había recibido la impresión del aire, y reparó que la ventana se hallaba de par en par abierta, á la que, por la parte exterior, se agolpaba la profunda obscuridad de la noche.

Y poseída de un estupor indecible, sin querer dar crédito al testimonio de sus propios ojos, vió como una figura humana inmóvil delante de la reja, con las manos cruzadas y la frente apoyada sobre el quicio de la ventana.

Un sudor frío, el sudor de la muerte, inundó su cuerpo; quiso temblar, y no pudo; quiso gritar, y la voz se le ahogó en la garganta; quiso huir, y sus pies, pegados á la tierra, se negaron á seguirla.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, prontos á saltar de las órbitas, con la boca desencajada y el espanto pintado en todo su semblante, permaneció como petrificada, sin fuerza para sostenerse, sin voluntad para desplomarse.

Y, en verdad, no le faltaba razón para sentirse aterrada.

Tenía delante á Berta, inmóvil, apoyada sobre la ventana, recogiendo con atención absorta las notas que, como un torrente, se escapaban en aquel momento del piano.

No era, pues, Berta la que rompía el silen-

cio de la noche con aquella música increíble.

¿Qué mano desconocida, qué mano invisible hacía sonar las cuerdas del piano, en medio de aquella soledad y de aquel silencio? ¿Era verdad lo que sus ojos veían? ¿Era verdad lo que sus oídos estaban oyendo? ¡Era todo ello la visión espantosa de un sueño terrible!

Y no es esto sólo, sino que la memoria atribulada de la nodriza recuerda con íntimo estremecimiento de su alma aquellas misteriosas melodías que se clavan en sus oídos. Sí; por la caja del piano resuena como un trueno sordo y profundo, y se oyen, ya más cerca, ya más lejos, notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan un lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

Yo no sé el tiempo que el ama de llaves habría permanecido muda é inmóvil bajo la impresión del terror que la dominaba, si Berta no hubiera reparado en ella.

No le causó ni asombro ni sorpresa ver allí á su nodriza, y, acercándose, la cogió una mano, y sacudiéndola dulcemente, le dijo:

—¿Lo ves?... ¿Lo oyes?... Es Adrián... Adrián que viene á buscarme: la mariposa blanca no me ha engañado.

El ama de llaves tuvo valor para pasarse la mano por la frente y restregarse los ojos.

—Yo sabía que había de venir (siguió diciendo Berta), y lo esperaba todos los días.

La nodriza respiró con ansia, como quien hace un supremo esfuerzo.

—¿Oyes (dijo Berta) esos suspiros que se escapan del piano? Es él, él, que me llama, y puesto que has venido, vamos á encontrarlo.

Y diciendo y haciendo, cogió la lamparilla, y añadió:

—Sígueme.

El ama Juana la siguió como una sombra.

Entraron en el jardín, y se dirigieron al pabellón. La pálida luz de la lamparilla iluminaba el semblante de Berta, esparciendo á su alrededor una claridad fantástica, que hacía más espesas las tinieblas que la rodeaban.

La nodriza se sentía arrastrada por Berta; andaba sin el consentimiento de su voluntad: una fuerza más poderosa que su terror la empujaba.

De esta manera cruzaron el jardín y llegaron á la puerta del pabellón. Allí Berta se detuvo, y con voz dulce llamó, diciendo:

—¡Adrián!

Pero su voz no obtuvo respuesta.

Entonces entró.

Juana se agarró á Berta, para no caer desfallecida, y cerró los ojos.

La luz de la lamparilla iluminó el pabellón,